

EL COMERCIO

Periodico noticioso y defensor de los intereses del Departamento

Fundador: JUAN JOSÉ MENDOZA

Propietario: JUAN CARLOS MENDOZA

PERIÓDICO DE LA TARDE

El salto del río Uruguay

La *catarata* ó salto del Uruguay, interceptando bruscosamente su hermoso canal, y ofreciendo un temible obstáculo á su navegación, es indudablemente uno de aquellos accidentes deslumbradores que inspiran serias observaciones.

Al desplomarse sus aguas de una gran altura, producen un efecto tan imponente, como es singular el interés causado por los sonidos graves y confusos, y por los juegos variados de luz y de las ondas espumosas, agitadas por los vientos ó por el choque estruendoso de sus propias moles.

El ruido de esa caída se hace sentir á diez millas en dias serenos.

En aquellos en que se despeja la nube que constante la rodea, se dejan entrever las florestas, las selvas y las islas, que en medio de tranquilas corrientes se dibujan en las márgenes, transformando súbitamente ese cuadro majestuoso.

Aun que no tan bellas y escarpadas como las cascadas del Bogotá y el Misoa, la magnificencia, sin embargo, del espectáculo que presentan sus agitadas torbellinos, que se forman y desaparecen sin cesar, y que heridos por los rayos del sol reflejan todos los colores del iris, es en verdad uno de esos monumentos que hacen inclinar la razón orgullosa de observar ante las obras de la naturaleza.

Se observa que esa *catarata* viene anunciándose con la aparición de otros pequeños saltos, ó restingas, sembrados en medio del álveo, que lo levantan al parecer suavemente hasta llevarlo á un mayor precipicio, y véese muy luego, que esa sospecha reposa sobre razonables fundamentos cuando la profundidad del más amplio y central de las canales disminuye paso á paso, encubriendo un plano ascendente que no será menor de 3 á 4 grados desde 40 millas atrás; no obstante que en determinadas parejas se manifieste con alternativas que indican ondulaciones submarinas ó inflexiones violentas en el plano de su propio lecho.

Y así debe suponerse, desde que las variaciones de la sonda se conforman con esa conjetura.

Donde ella presenta demostraciones evidentes de su exactitud, y donde ese mismo nivel ofrece mayores indicios de su ascensión progresiva es á 3 ó 4 mil varas antes de saltar por sobre las rocas, al parecer *porphíricas*, que forman el veril ostensible de la cascada.

Este veril, despejado en las bajantes periódicas, muestra claramente que arranca el dintel de la margen oriental, y que termina en la opuesta á 3000 ó 3500 varas de distancia, convirtiéndose desde el centro del río en islotes breñosos y ágrios, matizados con plantas y follajes que vegetan en las rocas, abriéndose paso por entre ellas innumerables canalizos que se precipitan con ménos violencia amortiguados por las alternativas del álveo.

Esas islas cobran mayores dimensiones á medida que se acercan á la ribera occidental, á donde, disminuyendo el fondo son ménos rápidos los desplomes, más frondosos y altos sus arboledos, haciendo más posible su pasaje en las grandes avenidas.

En aquellas épocas, esa escarpa se ofrece en perspectiva con una altura de 25 hasta 40 pies, alternativamente, formando las crestas ménos culminantes, cascadas sucesivas que describen una voluta variable en proporción al volumen de aguas que arrastra el cauce.

JOSÉ MARÍA REYES.

La diligencia de Beaucaire

POR ALFONSO DAUBET

(Conclusión)

La discusión había terminado; pero, disparado ya el panadero tenía la necesidad de descargarse con alguien, y, dirigiéndose al infeliz del gorro, silencioso y triste en su rincón, le dijo con aire truhanesco:

—¿Y tu mujer, amolador?... ¿Por qué arroja está?

—Es de suponer que esta frase tendría una intención muy cómica, pues que en la baca todo el mundo soltó el trapo á reír...

El amolador no se movió.

Viendo esto, el panadero dirigióse á mí.

—¿No conoce V., caballero, á la mujer de éste? ¡Vaya con la picaresca de la feligresal! No hay dos como ella en Beaucaire.

Redobláronse las risas.

El amolador no se movió, y se limitó á decir en voz baja, sin levantar la cabeza:

—Cállate, panadero.

Pero á ese demonio de panadero no le daba laguna de callarse, y prosiguió más terne.

—¿Córcholis! No puede quejarse el camarada de tener una mujer así...

No hay medio de aburrirse con ella un momento... ¡Figúrese V.! Una hermosa que se hace *raplar* cada seis meses, siempre tendrá algo que contar á la vuelta... Es lo mismo. ¡Bonito hogar doméstico! Imagínese V., señor, que no llevaban un año de matrimonio, cuando ¡paff!, va la mujer y se larga á España con un vendedor de chocolate. El marido se queda solito en la casa llorando y bebiendo... Estaba como loco. Al cabo de algún tiempo volvió al país la hermosa, vestida de española, con una pandera de sonajes. Todos la decíamos:

—«Escóndete, te va á matar.»

Que si quieres, ¡mataban!... Se reunieron muy tranquilos, y ella le ha enseñado á tocarla pandera.

Hubo una explosión de risas.

Sin levantarla cabeza, volvió á murmurar otra vez el amolador desde su rincón:

—Cállate, panadero.

El panadero no hizo caso, y continuó:

—¿Creerá V., señor, que tal vez á su regreso de España se estuvo quieta la hermosa? ¡Qué! Que si quisiere... Su marido había tomado aquello tan á buenas. Esola dió ganas de volver á las andadas... Después del español, hubo un oficial, luego un marinero del Ródano, más tarde un músico, después ¡qué se yo! Y lo bueno que cada vez la misma comedia. La mujer se las lia, el marido flora que se las pela; vuelve ella, consuélase él y siempre se la llevan y siempre la recobra... ¡Ya ve V. si tendrá paciencia ese marido! Debe también decirse que la amoladora es descomadamente guapa... un verdadero bocado de cardenal, pizpireta muy mona, bien formada y, además blanca de piel y con ojos de color de avellana que siempre miran á los hombros riéndose. ¡A fé, parisienito mío, que si alguna vez pasa V. por Beaucaire...

—¡Oh, calla, panadero; te lo suplico! —Exclamó una vez más el pobre amolador con voz desgarradora.

En ese momento detúvose la diligencia.

Estábamos en la masía de los Anglores.

Allí se apearon los buquereuses y juró á Vds que no los retuve... ¡Farsante de panadero! Estaba ya dentro del patio del cortijo, y aún se le oía reír.

Cuando salió la gente pareció quedarse vacía la baca.

El camargués había quedado en Arlés; el conductor iba á pie por la carretera, junto á los caballos.

El amolador y yo, cada cual en su respectivo rincón, nos quedamos solos allá arriba sin chistar.

Hacia calor; abrasaba el cuero de la baca.

Por momentos sentí cerrarse los ojos y que la cabeza se me ponía pesada; pero, imposible dormir.

Continúa sin cesar zumbándome en los oídos aquel «Cállate, te lo suplico», tan trístico y tan dulce...

Tampoco dormía el pobre hombre.

Desde atrás veía yo estreñecerse sus cuadrados hombros y su mano (una mano paliducha y vasta) temblar sobre el respaldo de la banqueta, como la mano de un viejo. Lloraba...

—Ya está ud en casa, señor parisienense —me gritó de pronto el cochero, y con la punta de la fusta apuntaba á mi verde colina con el molino clavado en la cúspide como una gran maniposa.

Me apresuré á bajar.

De paso junto al amolador, intenté mirar más abajo de su gorro; hubiese querido verle antes de partir. Como si hubiera comprendido mi pensamiento, el infeliz levantó bruscamente la cabeza, y clavando la vista en mis ojos me dijo con voz sorda:

—Míreme bien, amigo; y si cualquier día de éstos oye ud. decir que ha ocurrido una desgracia en Beaucaire, podrá decir V. que conocí al autor.

Era su rostro apagado y triste, con ojos pequeños y húmedos.

Si en los ojos había lágrimas, en aquella voz había odio ¡El odio es la cólera de los débiles!... Si yo fuese la amoladora, no lastearía todas conmigo.

General Miguel A. Navajas

(De la edición brasileña «Uruguay-Brasil»)

Empezó su carrera militar en la República Argentina y de allí vino para el Estado Oriental con el General don Venancio Flores, en la revolución titulada: *Crusada Libertadora*.

Sirvió bajo las órdenes del General don Batolomé Mitre, en la República Argentina, y en 1861 tomó parte en la sangrienta batalla de Pavón y también en la de Monte-Caseros, siendo ascendido al grado de Capitán.

En la invasión del General Flores, fué uno de los once compañeros de ese militar, que en la arrojada empresa de invasión al Estado Oriental, se tuvieron que esconder en una isla del Río Uruguay, donde permanecieron algún tiempo para librarse de la persecución del enemigo.

Quedó, después de concluida aquella campaña, como oficial del Ejército Oriental, adquiriendo gradualmente los grados, hasta el de General, que hoy tiene.

Estuvo en la guerra del Paraguay, donde se distinguió por su arrojo y valor desmedidos.

Ha sido Ministro de la Guerra y Marina del Gobierno de don Pedro Varela

y pertenece al partido «colorado».

Actualmente es miembro del Tribunal Militar, siendo encargado por el Gobierno de formar parte de la Comisión que trajo las medallas conmemorativas de la guerra del Paraguay.

Es un oficial estimado en el Ejército Oriental por sus méritos.

Su extensa foja de servicios está exornada de hechos de bravura y de abnegación por su patria, que lo honran sobremedura.

Joya macanuda

En la prensa argentina hemos hallado la joya macanuda que á continuación exhibimos, extrayéndola de *El Diario* de Buenos Aires:

«PROTECTORADO PEDIDO.—La República Oriental ya ha dado el paso que esperábamos. Ha enviado á Alemania un plenipotenciario especial, solicitando el protectorado alemán en caso de una guerra entre Chile y la Argentina.

«Cuando fuimos los únicos y los primeros en anunciar al público que las manifestaciones á la Oriental no nos satisfacían y que desconfiábamos de ellas, se nos llamó visionarios y se nos dijo que éramos exagerados en nuestros juicios y que nunca debíamos creer que nuestros vecinos fueran aliados á nadie sino á nosotros.

«Combatimos esa nueva creencia errónea, guardamos silencio, pero nos reservamos la opinión bien formada y perfectamente fundada.

«Hoy ellos mismos se descubren y manifiestan públicamente que envían al doctor Zorrilla de San Martín como enviado plenipotenciario extraordinario, ¿á qué?...

«A solicitar el protectorado alemán para que le garanten la integridad territorial en caso de contienda entre Chile y nosotros.

«Así veremos dentro de poco que en el Cerro de Montevideo flameará la bandera alemana, y como es razonable le enviará un cuerpo del ejército al mando de algún Hohenzoller, á que proteja como es debido el territorio, quedando 40.000 soldados orientales con todos sus jefes, oficiales y banderas de hechos sumisos y al mando de la casa imperial de Alemania.

«Cuando la Argentina tuvo que desalojar á los brasileños alemanes de Blucher en Ituzingó, los orientales solo recordaban á los Argentinos con cariño.

Hoy los tiempos han cambiado y en tonces de temor de un compromiso con Chile ó Brasil vuelven la espalda á la antigua hermana y protectora y no solo se encierran en su territorio, sino que van á buscar á sus mismos opresores para que les amparen en momentos que se conocen á los hombres generosos y de valer.

«No importa!

«Sólos estamos y solos estaremos; pero la victoria será nuestra, porque no solo peleamos por una causa justa y la defensa del pabellón nacional siempre glorioso sino también porque, con nuestra misma guerra, enseñaremos que los argentinos nunca vencen con mercenarios, ni con protectores interesados, sino que es contante innata en nosotros correr siempre en auxilio del débil ó del oprimido, para que una vez defendido ó libertado, traiga el galardón, la satisfacción del deber cumplido.

«Nunca ni remotamente hemos ido á mendigar protectorados extranjeros, pues en cualquier tiempo y con cualquier número de ciudadanos hemos hecho respa-

EDICTO

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
 preparado en Blamute
 por Ch. FAY, Perfumista
 9, Rue de la Reine, PARIS